Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansiòn Comercial
Band: - (1955)
Heft: 1

Artikel: Como se llega a repórter
Autor: [s.n.]
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-797954

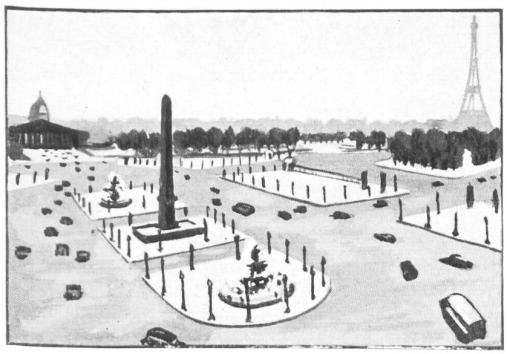
Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 11.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch



Como se llega a repórter

Cierto día de la primera semana de febrero, fuí a visitar a un tal Don Criticón, amigo mío. Le encontré en su despacho, de mal talante. Al verme, arrugó nervioso unos periódicos y los tiró al cesto.

— Llega usted a punto, me dijo. Precisaba ventilar mi enojo y usted es justo la persona conveniente para ello ya que tanto se interesa por la moda.

— No veo..., balbucí...

— ¿No ve lo que tenga que ver con la moda? Pues se lo voy a decir. Me exaspera, me saca de mis casillas el no poder desplegar hoy en día el periódico que sea sin tropezarme con títulos de varias columnas que encabezan las relaciones sobre la presentación de las colecciones. Antaño, la prensa ponía más pudor, o más discreción, y reservaba esos rótulos a los asuntos políticos o económicos, o inclusive a la crítica literaria, mientras que, ahora, parece complacerse en las sesiones de los tribunales o en lo que acaece en los salones de modas. Eso es intolerable, y a mí no me interesa saber si el tal Monsieur Dior es partidario de la línea H, como habichuela verde, o de la línea A, como arveja...

Pero, a pesar de ello ¿Usted mismo la lee, esa prosa, puesto que tan bien se acuerda de una temporada a otra, de esas líneas y esos abecedarios?...

— ¿Cómo quiere usted que no lo recuerde? ¿Acaso se le puede reprochar al que viaje en el Metro de París que recuerde aquello de « Dubo - Dubon - Dubonnet »? — Compréndame bien: Pase que se hable de vestidos, pero el que, para ello, se emplee esa jerigonza tan estúpida como hermética, con eso ya no puedo estar conforme. Todo se vuelven escotes basculados, sesgos apuestos, fluidez del talle, líneas flecha, caña o espigada, líneas sable, fucsia o sílfide, pechos realzados... Qué galimatías!

— Para ser la de una persona que no le interesa, vaya una memoria admirable, la suya. Cierto que no carece usted de razón acerca del estilo de esas crónicas. Pero, para explicarlo todo, conviene decir que esas son las expresiones que emplean los mismos modistas al describir sus colecciones en las cuartillas que entregan a la prensa; con ello buscan a impresionar la imaginación de las chicas de la prensa y, sobre todo, a que esas infelices que, en su jornada, vieron desfilar más de quinientos vestidos, sean capaces de recordar las disposiciones más características y de llamar la atención del público con sus rótulos sugestivos. — Al fin y al cabo, todo eso es mera publicidad. En lo que creo que está usted equivocado es al negar a los diarios y revistas el derecho de hablar de trapos y vestidos. — Estoy segurísimo de que usted mismo aprecia como quien más las descripciones de vestidos femeninos que hace Balzac en sus obras porque les da un carácter de época y por tratarse de tan excelso escritor como lo fué Balzac, y que os encanta no menos Marcel Proust cuando llena páginas enteras describiendo los tocados y vestidos de aquellas damas de Guermantes.

— ¡Mas, eso no es lo mismo! Usted cita escritores de mucha fama, mientras que yo me refiero al periodismo.

— Entonces ¿me permitirá que le diga que Mallarmé hizo durante algún tiempo crónicas sobre la moda y que las lograba

Michèle Morgan porte une robe de **Hubert de Givenchy** en toile brodée. Tissu de *Rudolf Brauchbar & Cie, Zurich*; distribué par Montex, Paris. Scène tirée du film « Oasis » en cinémascope, de Yves Allégret, avec Michèle Morgan (à gauche) et Pierre Brasseur (au centre).

a las mil maravillas? Pero vamos a dar mayor altura a nuestra discusión. Nadie podrá negar esa especie de imperio que París ejerce en la esfera del adorno femenino. Y si se habla de ello, es porque al público le interesa que se haga. No solo ocurre así en Francia. Basta echar una ojeada a la prensa extranjera para darse cuenta de ello. Hace falta que nuestra modistería sea diabólicamente interesante para que, graciosamente, se le reserve tanto espacio que, en todas partes, vale su peso en oro. Mas eso no es todo. Decenas de millares de obreros y de obreras dependen más o menos directamente de las presentaciones de la moda, contando desde el tejedor hasta el artista que crea las flores y las plumas. Pero hay más aún. Existen industrias extranjeras que trabajan para la modistería francesa, lo que da motivo a provechosos intercambios comerciales. Tampoco hay que olvidar el turismo y su valiosa aportación de moneda extranjera. Claro que no quiero darle a usted un curso, caro amigo, pues es mucho lo que aun queda por decir. Creo que mi idea es preferible y se la voy a exponer, corriendo el riesgo de que os choque. Hela pues aquí: Le propongo que vayamos juntos a ver varias de esas presentaciones. Así podréis juzgar con pleno conocimiento de autos...

Tardé media hora en convencerle, lográndolo por fin. Y, al día siguiente, a las tres menos cuarto, nos encontrábamos ante las escaleras de Christian Dior donde se procedía a cribar a la gente. Primero desdeñosamente, pero cada vez más interesado, mi amigo iba echando miradas a las bellas damas con abrigos de visón que, como nosotros, aguardaban a ser admitidas. Nos llegó la vez y obtuvimos la autorización de subir al segundo piso y de sentarnos en el corredor que parte desde la salida de la cabina de las maniquiés. Hacia las tres y cuarto se encendieron los proyectores y la primera muchacha, alta y esbelta, apartó la cortina. Yo miraba de hurtadillas a mi acompañante. Puso cara de asombro y casi de interrogación. Era evidente que aquella silueta tan nítida, los torsos estrechos, aquellos sombreritos y aquellas faldas tan amplias y de cintura tan baja, le produjeron estupor. Metió cuidadosamente la hoja explicativa en su bolsillo y no dijo ni pío. Después de aplaudir, como correspondía, el vestido de boda que remata el desfile, al bajar las escaleras le pregunté lo que pensaba.

— Yo seré lego en la materia, me contestó, pero me parece un arte grandioso. En el fondo y ante todo, ese señor Dior es un arquitecto. Parece como si quisiera abstraerse del cuerpo femenino para penetrar en un mundo de ensueño, cosa tan sólo posible a un soñador impenitente pero extraordinariamente culto. Al principio evocaba a las mujeres del antiguo Egipto, al ver esos senos altos y menudos y los bustos apretados como con vendas; pero más adelante, con los trajes de gala, me parecía estar en España; ahora que, reflexionando, veo que todo eso era falso. Se trata de una estructura original, una idea preconcebida, muy 1955. Evidentemente que me pareció ver algunas líneas del segundo decenio de este siglo, caros recuerdos de mi adolescencia, pero traspuestas. Y cuantísima discreción en la sencillez de los matices, los crudos, los blancos matizados, los amarillos...

— ¡Vaya, vaya!... Pues resulta que está usted redactando un artículo...

* * *

Lo que más cuesta es el primer paso. El tal Don Criticón, después de aquella visita a lo de Dior, se empeñó en verlo todo. Y, después de asistir a cada uno de los desfiles, disertaba interminablemente. Si le hubiesen escuchado los directores de periódicos, encargándole de estos reportajes, habría necesitado por lo menos la mitad de la primera página. Observábalo todo. Al poseer un espíritu crítico natural, recordaba los movimientos, la caída y los detalles de cada hechura refiriéndose a los papeles que le habían entregado, y con el acaloramiento natural de un neófito, empleaba a porfía las expresiones que poco antes condenara. En lo de Dior, las distintas posiciones de la cintura que indicaban el talle a la altura elegida para cada vestido por la fantasía del Maestro, le parecían rasgos de ingenio.

Al salir de casa de Fath, sólo hablaba de la línea cañutillo o de la línea acampanada. Por no haberle podido presentar a Genoveva Fath, se agarró del brazo de Gilberte, la directora, para explicarle desbordante de entusiasmo hasta qué punto aquella colección le había parecido juvenil y de buen gusto. Ya se iba ensayando en las comparaciones y calificaba lo que acababa de ver como el triunfo del feminismo, y que esa línea alargada y sobria realzaba los cuerpos; que le enamoraban los incontables accesorios que había visto, desde las medias incrustadas que daban suntuosidad a las piernas de las maniquiés, hasta los cuellos de piqué, de pékiné, las cintas y lazadas, los collares y pendientes. Y, para demostrar su agudeza, dijo algo así como: «Esto ya no es torear con capa, sino a cuerpo limpio». — No comprendí bien lo que, con ello, quiso decir.

En casa de Balmain, en aquel salón alargado y tan atestado como el metropolitano un día de lluvia, le pasmaron las siluetas finas y las vainas ceñidas; ni siquiera le chocó la expresión de « Reguindroite », inventada para designar unas levitas rectas y muy perfiladas; aplaudió las combinaciones logradas con pieles, apreció en lo que vale la belleza de las maniquiés y, al haber terminado todo, costó mucho llevármele de allí porque, en las salitas particulares, aquellas muchachas larguiruchas volvían para presentar a las parroquianas los vestidos para de noche.

De este modo, durante más de una semana, le di ocasión para que conociera la vivienda del parque Monceau donde Givenchy enciente los cohetes de sus fuegos de artificio del mayor esplendor; para que aplaudiese en casa de Patou las creaciones de Marc Bohan; para que examinase en lo de Lanvin aquellos escotes basculados hacia atrás que tanto le irritaron al leer una crónica pero que, ahora, enjuiciaba casi como un perito de cuerpo entero. Tuvo empeño en felicitar a Mademoiselle Carven por la alegría de su colección; se mostró extrañado de no tropezarse con Monsieur Balenciaga en sus salones; hubo que insistir para que se levantara de la butaca de en casa de Jean Dessès, donde tan a gusto se encontraba admirando los vestidos y, hay que confesarlo, también las hermosas muchachas que los presentaban. En fin, le emborraché de costura llevándole de la Ceca a la Meca, desde el bonito hotel particular de Lucile Manguin, donde le encantó la delicadeza de los colores, hasta los salones de Jacques Heim, donde la línea « viento en popa » le cortó el soplo, y desde la Rue Cambon, donde Chanel crea por tradición cosas muy Chanel, hasta el hotel de la Vaupalière, donde Maggy Rouff sigue siempre tan apasionada de elegancia. Y le llevé también a casa de muchos otros más...

* * *

Cuando fuí a verle a la mañana siguiente, después de terminado ese periplo, le encontré en su despacho escribiendo. Con fingida modestia me tendió sus cuartillas y velay lo que pude leer:

« A primera vista, me parece que, en esta primavera de 1955, la moda acusa un cambio revolucionario. Los modistas se atienen a un estilo princesa mejorado: bustos alargados, senos subidos, amplitud hacia abajo a partir de las caderas, supresión de los escotes demasiado generalizados y de los « balconcillos »; la longitud de las faldas, sin modificación alguna a pesar del alargamiento del busto e inclusive cuando la chaqueta llega muy abajo; los cuellos quedan despejados y se suprime las mangas siempre que resulte posible; se emplean todos los tejidos, los tweeds, las lanas, los algodones, los tules, los estampados y las sedas bordadas y recamadas rivalizan con las puntillas suizas que pueden verse en todas las colecciones; los colores son más bien de tonos neutros...

— No quisiera molestarle a usted, le dije, pero en resumidas cuentas, prefiero el estilo de los periodistas que se han especializado en ello.

X. X. X.

CHRISTIAN DIOR
Taffetas chiné
de *L. Abraham & Cie Soieries S. A., Zurich*
Photo Forlano